

*Niamh Byrne*

*Contigo  
hasta el  
infinito*

**CONTIGO HASTA  
EL INFINITO**

**NIAMH BYRNE**

Copyright © 2019, Julia Siles Ortega  
© De la imagen de cubierta: Fotolia  
© Del diseño de cubierta: Olalla Pons García

Primera edición: febrero, 2019

Registrado en Safe Creative con el número 1902079879855

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.

Puedes encontrarme en:

Facebook: @chei18

Twitter: @JuliaOrtega1996

Instagram: @juliaortega.niamhbyrne

*A Raquel, quien me descubrió Escocia como territorio literario.  
A todos mis lectores, en cualquier rincón del mundo.*

## CONTENIDO

PORTADILLA

CRÉDITOS

DEDICATORIA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

AGRADECIMIENTOS

# 1

*Lunes, 8 de junio*

Dime, ¿qué ves tú en mi cocina?

Te diré lo que veo yo:

Dos botellas de vodka, dos de mojito, otras dos de ron y otro par de ginebra. Tres bolsas de doritos, tres de pipas tijuana, un tarro de helado de tarta de queso y otro de brownie de chocolate. ¡Divinísimos todos! Chocolatinas snickers: cinco. Chocolatinas twix: cinco. Chocolatinas mars: cinco. Todas en packs de oferta. Una bolsa de nubes de chocolate y otra de ositos de gominola. Las dos de un kilo y de lo más apetitosas.

¿Que si voy a montar un pic-nic de medianoche con la peña?

Pues no. Lamento desilusionarte; me lo voy a comer todo yo solita.

No, lo reconozco: no es una dieta muy saludable.

¿Y a quién le importa?

A mí no, desde luego.

Soy una feliz treintañera con la inmensa fortuna de un metabolismo rápido que todo lo quema; además soy ciclista. Si vives en Amsterdam solo tienes dos opciones: ir a pie o en bici. Yo prefiero la bici porque pedalear es sexy y se hacen amigos. O eso cuenta la vieja leyenda urbana. En realidad, yo pedaleo porque me ayuda a mantenerme en forma, ya que los fines de semana, cuando no trabajo, paso dieciséis horas seguidas delante de un ordenador. Duermo

una media de cuatro al día, a veces incluso menos, y las otras cuatro que me quedan las gasto follando (cuando hay suerte) o zapeando en el sofá, o tomando copas en el Barrio Rojo.

¿Por qué tantas horas delante de una pantalla?

Soy adicta al chat. ¡Hala, ya lo he dicho!

Y claro, también a los dulces.

En cinco breves minutos guardo todas mis deliciosas compras y voy a cambiarme. Todas las mañanas hago mi habitual circuito de bicicleta de dos horas antes de desayunar. Después paso por el súper y hago la compra diaria. Cuando vuelvo a casa me ducho, me cambio la ropa de deporte por el uniforme, picoteo algo y me largo pitando al trabajo.

Trabajo de diez a cuatro en una de las muchísimas franquicias de una cadena internacional de ropa llamada *Fashion's Victim*. Seis horas de pie, yendo de un lado a otro, a veces en caja, otras en probadores, y la mayor parte del tiempo en un oscuro y atestado almacén, lleno de polvo y con algún que otro habitante campando a sus anchas, en total libertad. Horas aguantando a todo tipo de gente, aunque lo que más abunda en cualquier momento del día son los grupitos de adolescentes histéricas revolviéndolo todo, mascando chicle sin parar, hablando hasta por los codos, y peleando a muerte por ropa que ni siquiera les cae bien.

Sí, vale, yo también he tenido quince años, y veinte.

Y sí, a mí, de vez en cuando, también me desesperaba no encontrar nada que me cayera más o menos bien.

Pero eso fue antes de la revolución cibernética.

No digo que cuando salga vaya hecha unos zorros, pero lo cierto es que hace ya mucho tiempo que la moda me importa menos que nada. Y, además, en los círculos en que me muevo apenas se tiene en cuenta cómo va una vestida.

De modo que, aparte del uniforme que utilizo en el curro, poca ropa tengo en el armario. Ni sigo las tendencias ni me preocupo por combinar debidamente los colores de

mi vestimenta. Algunas compañeras critican mi actitud despreocupada, otras me aplauden y casi me envidian.

«La moda puede llegar a ser una enfermedad —dicen—, ¡bienaventurada tú, que eres inmune!»

No soy inmune, no nací con esa actitud; la he ido desarrollando a lo largo de los años, y puede que trabajar todo el santo día rodeada de trapos los haya vuelto invisibles a mis ojos.

Sea como fuere, mi vida, la vida que yo quiero vivir la hago en pijama y zapatillas. Y en verano, desnuda y descalza.

Pocas cosas son mejores que ir por el mundo sin ataduras.

Cuando llega junio todo me sobra.

Y como no tengo complejos, ni nadie a mi lado que me dé la brasa, paseo por mi minúsculo piso de soltera empedernida como mi madre me trajo al mundo. Que por algo vivo libre y sola. La compañía la busco cuando la quiero o la necesito, pero no soporto que nadie me imponga su presencia.

Y además, soy un pelín agorafóbica.

Todas mis relaciones actuales son a través del chat.

Todas mis relaciones serias.

Te he hablado de ir de copas al Barrio Rojo. Pero voy sola, no buscando guerra ni sexo rápido, sino alguien nuevo con quien disfrutar de una charla estimulante. Algo que a cada día que pasa es más y más difícil, como un reto a conquistar.

Tampoco es que no me interese el sexo, que me interesa y mucho, pero no soy muy partidaria del «aquí te pillo, aquí te mato».

Mi madre te diría que, en el fondo, soy una tontorróna romántica.

Que a pesar de mis pintas astrosas y mi aspecto de paso-de-todo, me pierde el corazón; que cuando me enamoro no razono.

Y soy asquerosamente enamoradiza.

Gigi también te lo diría.

Pronto te hablaré de Gigi (léase Georgia), pero lo haré con unos mojitos entre pecho y espalda, porque el tema de mi «novia virtual» requiere mucha valentía y eso solo lo consigo con un par de copas de más.

Y ahora no puedo emborracharme porque ya llego tarde al trabajo.

No me controlan mucho, pero mi organizada cabeza escocesa me obliga a ser buena empleada, llegar puntual, no andar mirando el reloj cada quince minutos y dejarme de tonterías, que ya son bastante tontas las adolescentes que nos dan de comer.

Además, se supone que Frances es Cara De Palo: siempre seria y con el aire de matrona de las viejas institutrices victorianas. Yo sé muy bien lo que opinan mis compañeras de trabajo. Y si te digo que me la suda y me la refanfinfla, ni exagero ni me las doy de pasota. Es así, simplemente.

Y eso que, de vez en cuando, incluso bromeo con ellas, ya te digo, y ponemos a parir a los jefecillos: esos encargados con aires de sabelotodo, que no saben nada. Al Gran Jefe no le hemos visto ni una sola vez. Amanda es la más veterana, lleva quince años trabajando en la empresa y jura no haberlo visto nunca.

A veces fantaseamos con él.

Imaginamos a un Quasimodo holandés, horrible, contrahecho, que se avergüenza de salir a la luz. Vive en un despacho a oscuras, cual vampiro, y se pasa las horas muertas haciéndose pajas mientras mira fijamente películas porno en sus cuarenta pantallas de plasma tamaño familiar.

Y nos reímos.

Luego nos da por pensar que con las tonterías que se nos ocurren a la hora del almuerzo podríamos escribir una novela de baratillo, de esas eróticas-rollo-Grey que se venden como rosquillas... Vendemos tantas y tantas, que nos

da para retirarnos y largarnos a las islas Caimán a vivir del cuento.

Y pensando esto me entra la risa floja, camino del trabajo.

Y recuerdo que, a veces, ni siquiera necesito emborracharme para ponerme a decir chorradas. Que me salen solas, automáticamente. Que si mis compañeras me vieran ahora y hurgaran en mi mente, el viejo mito de la «solterona amargada» se les desmoronaría en un visto y no visto.

Y no sé si me conviene que se desmorone.

Esa imagen tan cultivada, tan estudiada, me da respetabilidad, aleja los chismorreos maledicentes y me mantiene en un muy apetecible pedestal del que no quiero bajarme por nada del mundo.

Las chorradas, los chistes bobos y las ñoñerías me las reservo para el chat, gracias.

Allí libero toda la adrenalina que contengo en mi horario laboral.

Y contengo mucha, ya puedes imaginarlo.

Después de ocho horas y un centenar de clientas más cursis y estúpidas de lo que es recomendable para la salud (mental), llego a casa. Meto una pizza cuatro estaciones en el horno, saco una birra y conecto el Mac. Curioso en mi muro de Facebook mientras la pizza se pone a punto y descubro siete solicitudes de amistad, todas de hombres que no me interesan para nada, y ocho mensajes (muy desesperados, me temo) de Gigi, que lleva dos años haciendo su tesis doctoral en la Universidad de Glasgow. Tesis que la pone histérica, paranoica y con ganas de chatear, aunque ella, tan finolis siempre, lo llama «procrastinar».

Al contrario que yo, Gigi sí tenía muy claro qué hacer después de acabar la etapa del instituto. A diferencia de mí, que siempre he tenido la mente un tanto dispersa, poca concentración y menos tenacidad, ella siempre ha querido ser historiadora. Sabe tan bien como yo que el medievalismo no tiene ningún futuro. Pero sus padres están forrados y

puede permitirse hacer una carrera, un máster y un doctorado simplemente por «pasar el rato» y porque el saber no ocupa lugar, sobre todo en su casa solariega de Balmoral. Sí, esa que queda justo a doscientas millas del castillo donde veranea la reina Isabel de Inglaterra.

Georgia MacFarland —Gigi solo para mí— es hija única (no podía ser de otro modo) de una de las familias con más raigambre de toda Escocia. Sus padres se dedican al mundillo de la publicidad, también por «pasar el rato»; tiene un tío diplomático, tan forrado como ellos, que viaja constantemente de una punta a otra del globo y cuenta historias interesantísimas a la hora del té con pastas. Aparte de esos excéntricos familiares, Georgia no tuvo más relaciones.

Nosotras nos conocimos en el instituto, y ni siquiera entonces tuvimos mucha relación aparte de un movimiento de cabeza amistoso cuando nos encontrábamos en la cafetería o la biblioteca. Porque Gigi es más bien tímida, un pelín cobarde, y vive demasiado pendiente de la opinión del vecino de al lado. De cualquiera, en realidad.

Como te digo, no fue en la adolescencia cuando empezamos a intimar, no. Entonces yo era la antítesis de lo que ella buscaba. En primer lugar, porque ella buscaba a un chico. Estaba convencida de querer a un chico. No a un chico concreto, simplemente estaba convencida de ser hetero, como todo el mundo esperaba de ella. No sabía nada de eso en aquellos tiempos, y tampoco me importaba un ardite porque ni siquiera era el tipo de persona que yo hubiera escogido como amiga.

Yo era Frankie La Rebelde Donahue, una chica que se tatuaba hasta sus partes íntimas, fumaba como un carretero, salía de noche, volvía a la hora del desayuno sin dar explicaciones, bebía siete cervezas al día y tomaba la píldora desde los trece años... Por lo que pudiera presentarse.

Sí, ya ves. En aquella época a mí también me hacían tirlín los hombres de pelo en pecho.

Teníamos quince años, ¡joder! ¿Qué esperabas?

El pasado noviembre cumplí treinta. Sí, Treinta. Y ya llevo seis años viviendo en la coqueta y liberal Amsterdam; vine para hacer un máster y me quedé. Yo no quería estudiar en la universidad, pero mi madre se había pasado toda la vida limpiando la mierda ajena para que su niña tuviera un futuro mejor; yo podía ser muy rebelde, transgresora y todo lo que tú quieras, pero no iba a putear de ese modo a la madre que me parió.

Escogí la carrera de Derecho por aburrimiento y porque, a simple vista, parecía la más fácil de todas. Odiaba leer, así que estudiar literatura y esos rollos estaba descartado de antemano. No me fascinaban las leyes, pero cuando me aburría mucho, mucho, y me desesperaba hasta el punto de mandarlo todo a tomar por culo, recordaba que lo hacía por mi madre. *Quid pro quo*. Un sacrificio a cambio de otro. Y seguía empollando. ¡Qué remedio!

Saqué la carrera con notas pasables, sin despeinarme mucho ni recurrir a las anfetaminas para mantenerme despierta y espabilada. Salía los fines de semana y ligaba un poco, casi sin querer, y ni siquiera me gustaba demasiado, la verdad. Pero yo tenía una reputación de chica dura que mantener, no podía tirarla por la borda quedándome en casa, viendo culebrones, y despellejándome los codos empollando.

Así que, de tanto en tanto, jugaba a la mujer fatal y permitía que me comieran los morros y me magrearan un poco las tetas. Nadie se ha muerto de eso.

Pero cada día me gustaba menos aquel juego y eso tenía que significar algo.

No hubo un momento exacto en el que descubriera que me tiraban más las mujeres que los hombres, ni Gigi tuvo nada que ver en ello; de hecho, nos separamos siendo ambas furiosamente heteros, y durante mi primer año en Holanda estuve saliendo con dos tíos a la vez; no nos montábamos tríos ni nada de eso, me limité a alternarlos.

Los días pares salía con Björn y los impares los pasaba con Jan.

Y tan ricamente porque tanto uno como otro sabían cómo satisfacerme. En la cama y fuera de ella. Ambos estaban de rechupete, y ambos eran la clase de hombre con quien valía la pena pensar en un futuro en pareja.

Solo que, después de haber visto el panorama casero, a mí me quedaban muy pocas ganas de emparejarme de por vida con un hombre.

Cualquier loquero vendría y te diría que toda la culpa la tenía mi padre.

Y no le faltaría razón ni seré yo quien diga lo contrario.

Mientras mi madre se mataba a trabajar dieciocho horas al día, limpiando en distintas casas, mi padre se gastaba el poco dinero que ganaba como estibador del puerto de Glasgow en las máquinas tragaperras y las timbas ilegales de póquer, donde el mejor día perdía todo su sueldo, y el peor acababa en el hospital con la cara hecha un mapa.

Tengo un hermano mayor, aunque apenas hablo con él. Ethan es boxeador, otro al que le gusta que le muelan a golpes. Se largó de casa cuando yo tenía diez años y desde entonces solo lo veo una vez al año, en Navidad, porque mi madre se empeña tercamente en una ficción de felicidad-navideña-hogareña, con todos alrededor de la mesa como otra familia cualquiera.

A mí esa ficción nunca me ha gustado porque no soy el tipo de persona propensa al escapismo. Pero, por ver sonreír a mi madre, me mordía la lengua, me hacía la tonta y jugaba a «la buena hija» y «la buena hermana», aunque también de buena gana los hubiera matado a los dos por cafres y egoístas.

Si te suelto todo mi rollo familiar ahora es porque quiero que entiendas que, en el fondo, lo único que quiero es amor, dulce amor; la única cosa en el mundo de la que hay demasiado poco. Pero si me acusas de moñas en público, lo negaré todo. Te lo aviso. Ya te he dicho que tengo una

reputación que mantener. La tenía en Escocia y la tengo también aquí.

¿Cómo volvimos a contactar Gigi y yo?

La pregunta del millón.

¿Sabes eso de que los polos opuestos se atraen incluso a pesar de sí mismos?

Aunque Gigi no lo supiera entonces, yo era lo que ella más quería.

No lo hubiera reconocido ni muerta porque los McFarland nunca tuvieron a una bollera en sus filas, ni un gay ni, ya puestos, a nadie de vida desordenada.

Porque ellos eran muy tradicionales, en el sentido más rancio del término.

Georgia era la «pobre niña rica» en el instituto, y más tarde en su facultad.

Cuando contactamos por el chat, ella estaba terriblemente sola. Y muy sola debía de estar para buscar mi compañía, ¡mi compañía!

¡Pero si éramos como el agua y el aceite!

O eso había creído yo siempre.

Rascando un poco la superficie, más allá de lo evidente y los tópicos, descubrimos un filón de cosas en común, desde la música jazz hasta los cómics de Marvel, el romanticismo de Austen y las historias de Camelot.

A ninguna nos gustaban los deportes ni los juegos de azar.

Aunque lo que de verdad le apasiona a Gigi, más allá de la historia medieval, es *Forrest Gump*.

Sí, como lo lees.

Gigi ha visto esa película más de un centenar de veces.

No soy de las que exageran, te lo prometo.

Tampoco he llevado la cuenta al día y ella la perdió hace tiempo.

Dice que lo que le gusta en realidad es la época: aquellos locos años sesenta, la filosofía de la Paz y el Amor y la vida en comuna, los porros, el LSD, las protestas contra la